

Vocación misionera de los laicos

Hermanas y hermanos:

Hoy de nuevo llegamos junto a nuestra madre, Tupasy Caacupé, con el corazón lleno de gratitud y con la esperanza puesta en su intercesión para que seamos dignos de alcanzar las promesas y gracias de su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

No en vano ponemos nuestra confianza en la intercesión de la Virgen. Ella es madre y no desoye las súplicas de sus hijos. He allí el milagro de las bodas de Caná. Hay una condición fundamental para que la intercesión de la Virgen obre el milagro que pedimos: hacer todo lo que Jesús nos dice.

Hoy Jesús nos enseña: “No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos... El que escucha mis palabras y las pone en práctica, construye su casa sobre roca... el que escucha mis palabras y no las pone en práctica, construye su casa sobre arena...”

No basta escuchar la palabra de Dios y celebrarla en la eucaristía. Es necesario ponerse en camino al instante para anunciar a Cristo. Todos los instantes son tiempos oportunos y necesarios para proclamar la buena noticia. Escuchar y poner en práctica las palabras del Señor es cumplir su mandato misionero: Vayan y anuncien el evangelio a todo el mundo, lo que significa para nosotros anunciarlo en todos los ámbitos donde nos toca vivir y actuar.

El llamado a la santidad de la vocación cristiana se pone en práctica en las situaciones temporales, impregnando con el mensaje evangélico y la ética de Jesús todas las dimensiones de la vida personal, social, familiar, política, cultural, científica, económica y, a ustedes, miembros de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional, también en su delicada y específica misión de ser custodios de la seguridad nacional y ciudadana.

Los obispos tomamos conciencia de que, tanto en la vida pública como en la vida privada, hay cristianos inmaduros y también tibios. La formación cristiana que se requiere aportar para el bien de la sociedad debe lograr que la Palabra de Dios y el don de los Sacramentos arraiguen en conductas y valores, en virtudes firmemente enraizadas en la cruz y en la santidad del Resucitado. No alcanza con llamarse cristianos, ni con apariencias

cristianas; hay que jugarse la vida en ser como Cristo hoy (cfr. Carta pastoral sobre Itaipú, p. 30).

La Iglesia existe para evangelizar. La razón de su existencia es anunciar y proponer al mundo el reino de Dios. San Juan Pablo II decía que la Iglesia, si no es misionera, es una Iglesia enferma. También el Papa Francisco expresa que cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene autorreferencial, centralizada y entonces se enferma.

Los laicos son la inmensa mayoría en la Iglesia. Los laicos son la Iglesia, junto con sus pastores, así que este mandato misionero los interpela con fuerza: ¿Son misioneros? ¿Anuncian a Cristo a tiempo y a destiempo? ¿Predican el evangelio con sus vidas? ¿Edifican su fe sobre rocas?

Los tiempos que vivimos nos exige edificar nuestra fe sobre roca firme para resistir las lluvias, los torrentes, los fuertes vientos.

En este sentido, los obispos tenemos la tarea de seguir acompañando al interior de la Iglesia y en la sociedad paraguaya la formación de santos, que asumen con alegría el desafío de ir contra la corriente del hedonismo, de la corrupción, del individualismo, de la apatía, de la mentira, del abuso de poder, de la cultura frívola del dinero, de la comodidad complaciente con el mal... Los cristianos que Cristo necesita para nuestra realidad hoy deben encarnar valores y destacar virtudes que contribuyen a la comunión, al diálogo, a la fraternidad, al bien y a la casa común (cfr. Carta pastoral sobre Itaipú, p. 30).

San Francisco de Asís decía a sus hermanos: prediquen el evangelio en todo momento y, de ser necesario, también con las palabras. Ese es el desafío para la Iglesia y sus miembros: que prediquemos el evangelio con nuestro ser y quehacer cotidiano. Nuestra vida es el único evangelio que la gente entiende. O el evangelio que rechaza cuando somos incoherentes.

La vocación misionera de los laicos exige asumir el desafío de ser levadura del evangelio en su ambiente, sobre todo con su testimonio de vida, orientada por la caridad con el prójimo. La sociedad debe ver en ustedes el amor mutuo, la misericordia, la generosidad y el compromiso con el bien común. Su vida, su forma de ser, su forma de tratar a los demás, su comportamiento en sus deberes como ciudadano, como profesional, como esposos y padres de familia, entre otros, debe ser reflejo de los valores del evangelio. Se evangeliza por atracción y no por proselitismo.

He ahí el ejemplo de nuestra Beata María Felicia de Jesús Sacramentado, Chiquitunga, quien en su vida laical encarnó la misericordia de Dios e iluminó la vida de las personas, incluso en las situaciones de periferia existencial como cuentan sus biógrafos.

En efecto, cuentan que le dio también por ir a las cárceles. Se acordó un día del pasaje del evangelio en el que el Señor dice: “estaba preso y viniste a visitarme” (Mt 25). Chiquitunga decidió visitar en la cárcel al poeta anarquista Marcelino Valiente... El anarquista empezó a conmoverse ante la verdad transparente y el testimonio de la muchacha que le visitaba. Dijo: "Dio luz a mi fe". Una fe de cristiano viejo y oxidado. Chiquitunga reabrió su vida a la esperanza y le quitó de las manos la decisión de suicidarse. Lo condujo sin presión a la confesión de sus pecados y al reencuentro con Jesús...Y empezó para el poeta una vida de fe. Hasta llegó a predicar a Cristo más adelante. Y a rezar el rosario todos los días en su reconstruido hogar...

Con su presencia, con su forma de ser, con su cercanía a un hombre sin fe y sin esperanza, Chiquitunga tocó la vida de este hermano con la misericordia de Dios. Vayan a todo el mundo y anuncien el Evangelio, es el mandato del Señor. Hay territorios de misión que desafían la fe comprometida de los bautizados que trabajan en puestos de liderazgo y responsabilidad en esos ámbitos:

- El mundo político. Los Poderes del Estado: Ejecutivo, Legislativo y Judicial; el Ministerio Público; los gobiernos departamentales y municipales.
- El mundo de las empresas, la producción y el trabajo.
- El mundo de las finanzas
- El mundo de los medios de comunicación
- El mundo del deporte
- El mundo de la cultura y del espectáculo
- Y tantos otros ámbitos de la vida pública

Conocemos de muchos cristianos que ocupan cargos de responsabilidad en esos ámbitos. En este sentido, me permito recordarles las palabras del Papa Francisco: “Es cierto que hay testimonios de católicos ejemplares en la escena pública, pero se nota la ausencia de corrientes fuertes que estén abriendo camino al Evangelio en la vida política de las naciones... Hay

muchos que se confiesan católicos – y no nos está permitido juzgar sus conciencias, pero sí sus actos- que muchas veces ponen de manifiesto una escasa coherencia con las convicciones éticas y religiosas propias del magisterio católico.”

Les alentamos que asuman su compromiso bautismal siendo fermento del evangelio, y que en sus decisiones y en sus actos en el ámbito de su competencia reflejen los valores del reino de Dios. Les invitamos a conocer y dejarse guiar por la Doctrina Social de la Iglesia, que les ayudará a construir su fe sobre roca firme.

La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre.

El mandato es: Vayan por todo el mundo y anuncien la buena noticia a toda la creación. Toda la creación significa también todos los aspectos de la vida humana...Es un mandato de caridad que abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño.

¿Cuál es el contenido de la buena noticia que debemos anunciar?: Proclamar la liberación de los cautivos, dar la vista a los ciegos, liberar a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor. Ser portadores de los valores del Evangelio es vivir los **valores** que Él vivió. Entre otros, destacan: la obediencia a Dios Padre, la defensa de la vida desde la concepción hasta la muerte natural, la lucha contra el mal, la compasión, el perdón, el servicio, la solidaridad, la confianza y el optimismo, la igualdad entre los seres humanos...

Un nuevo Paraguay necesita de laicos comprometidos con Cristo y su Iglesia, que, desde su conversión personal a Dios, busca y trabaja por instaurar los valores del Reino de Dios en nuestra sociedad. Es necesaria esa conversión para que la sociedad paraguaya - con mayoría católica por sustrato cultural, profundamente devoto de la Virgen María- supere la inequidad social estructural, los vicios de corrupción, de la impunidad, del individualismo egoísta, de la codicia que margina, excluye y mata al prójimo por falta de salud, educación, tierra, techo y trabajo.

Es mandato del evangelio la opción preferencial por los pobres, por los pequeños, por los indefensos. Es necesario escuchar a los más pobres de nuestra sociedad, cuyos rostros dolientes nos interpelan y cuya situación clama justicia.

No podemos quedar indiferentes ante el dolor de nuestros hermanos indígenas que han sufrido desalojos inhumanos en estos días. Pedimos que se proteja la vida de los más vulnerables, asegurando que en sus reclamos legítimos o en disputas por conflictos de propiedad estos no se sean perjudicados o postergados en favor del poder económico de otros.

Vemos que nuestra sociedad está polarizada, dividida, confrontada, con actitudes sectarias que impiden la consecución del bien común. Hay una necesidad imperiosa de diálogo en la sociedad paraguaya y en la propia Iglesia como parte de la sociedad.

La fraternidad y la amistad social son el camino para construir una sociedad mejor y sin exclusiones. Nos necesitamos todos, nos pertenecemos todos. El camino del diálogo en pos del bien común debe generar un nuevo estilo social y político.

Junto con el Papa Francisco, les invito, hermanas y hermanos laicos, que no queden indiferentes a las cosas públicas, ni replegados dentro de los templos, ni que esperen las directivas y consignas eclesiológicas para luchar por la justicia, por formas de vida más humanas para todos.

Laicos católicos, sean discípulos misioneros del Señor. Vayan y anuncien la buena nueva a nuestro pueblo; transformen su familia, su lugar de trabajo; participen en la vida pública, en las organizaciones vecinales, en su partido político, en las cooperativas... sean fermento en la masa; iluminen con el testimonio de su vida las sombras del pecado que amenazan la dignidad de los más pequeños, de los pobres, de los vulnerables de nuestra sociedad.

La transformación social según los valores del evangelio comienza con la conversión personal y con una vida ejemplar en el seno de la propia familia, Iglesia doméstica y núcleo fundamental de la sociedad.

El primer lugar para la misión es la familia, tan golpeada, tan amenazada por tantos factores internos y externos que requieren un compromiso y una fe sólida.

Que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos bendigan, nos acompañen y nos fortalezcan para que seamos auténticos discípulos misioneros al servicio de los valores del reino para la transformación del Paraguay. Que la Virgen María, junto a su esposo san José, ejemplo de vida y compromiso laical, intercedan por esta intención. Taupeicha.

Mons. Adalberto Martínez Flores-Mensaje Caacupe, 02 dic 2021

